
El amasijo primordial

No sería quizá posible remontarse a la percatación sensoria del gen ancestral de lo sin-forma sin al menos intuir la presencia activa y altamente influyente de innumerables cuerpos vivos, tanto diacrónicos cuanto sincrónicos, en diverso andarivel del contacto la huidiza presencia, cuya huella profunda y fresca al reincidente o cada vez más reciente *interior* o adentrado ser de misterios —aun sin saber tantas veces estar— subyace a los flagrantes espasmos, supuestamente victoriosos, sin duda afanosos, del denominado culto a la llamada personalidad, cuyo ramplón ejemplo global sería la mayor parte de nuestros políticos profesionales, o, si no, peor, la tan exaltada madrastra, la famosa mas infame identidad, siempre con miras a la afirmación, claramente autoritaria, de una a otra asociación de idénticos electivos, proponiéndose en red la masa envolvente por sobre los singulares e irregulares de cualquier suerte que circulen, deseen circular fuera de línea de conducta o destino social asignados —¿acaso no se estaría ejecutando allí cierta atávica venganza por parte del cerebro que concibe e imprime en sí y derredores a la fuerza lo serial de la mentalidad opresa en su fantasmática del eterno retorno contra las informalescencias de lo irrepetible?— quizá por incapaz de reinsurgencia el propio intermitente en su conjura, aunque ya desidentificado ante *el sostenuto* machacante de las presiones pro pareceres cohesivos de la socialidad ingente, cuya exigencia obsede esa prolongación del dispositivo nocional de dominio, legitimado con el eufemístico mito de la Propiedad Privada, que sería el mandato de *pertenecer*, también en el sentido de “ser parte de algo más grande que uno”, ese roce esfinteriano con el absoluto, el más ingente intocado de todos los intocables, cable pelado en que deviniera aquel *psycho killer* saltando el relieve en la canción de David Byrne con Talking Heads (1977, para ser más impreciso), ya introyectada además la tajante pauta mercantestilista de un cierto cerebro dominante,

por más hecho espuma que parezca apenas ocurre aun si fugaz el más ínfimo corrimiento del espejo de la primera persona plural (sola imagen en la que uno podría quedarse yirando durante horas de duermevela); aunque, como ya es inocultable, incluso a nivel planetario, incapaz, no es posible no mostrarse incapaz, en toda esta insistencia, de renovarse la situación neuronal, la circunstancia adictiva de la impresión socializante en la urgencia absorbente de lesa intimidad, no aras sino en pos de un ser común, uno que catalice, que desde luego jamás se realiza —el hecho de que no llegue nunca a realizarse es parte del goce sufriforme en que se adiestra a diario el mentado cerebro— a menos que se le acepten los contrastes inconciliables a la consistencia o a la velocidad mutantes, mutación que saca del enclaustramiento en la sociopatía implicada en toda imantación del desconocido de sí hacia una comunidad forzosa de lugar y tiempo, la fantasía mesiánica de la gran coincidencia, así sea en una vasta e incalculable inmolación entrópica, rezagos del bazar apocalíptico, hasta un no menos atávico voluntarismo, si no vicio, magnicida como el que más, asida o mejor aferrada la mentalidad, porque dirime su real objetivo, no obstante el cual, sin embargo, no llega a delinear los contornos de términos de agobiante actitud de- en guerra, como si todavía quedasen por conquistar (¿reredactándolos? ¿tartamudeándolos?) algo así como los últimos términos del Tratado de lo Real y Todas las Cosas para siempre y cada ocasión, sobre todo ahí donde se desean, destrabadas, urdimbre y trama.

Constatación celular, al interior impersonalmente matérico, magnetizado por contrastes y a su vez dispensor centrípeto de energías incalculables, que acaso podrían denominarse poéticas mediante el solo aligerarlas del lastre literato, o sea la pretensión de alguna que otra razón superior u absoluto unimembre que afirmar, mediante ponderados arrastres significativos y su respectivas explicitaciones, cada vez mejor calculadas, de una lengua supuestamente común, por la que pasaría el filón suntuoso de la identidad nutricional de ese Nosotros, que nos propala, propio además de dictaduras, sobre todo la inenarrable dictadura del sentido, apoyado mayúsculo en fines y metas así como en utensilios mitófagos en forma de mensajes destinados a fundir los pareceres en un amasijo indiferenciado, a manera de un deseo que rehíla hasta la última ancestralidad, que a diferencia de cualquier verdad final y última, no se encuentra al final, después, sino que se halla antes, es aborigen, pues qué reemplaza, a ojos vista del obturado apocalipsis, de la entropía reina

en su pura autosatisfacción, burlesca hasta lo protocolar, qué sustituye, entonces, al de todas maneras soterrado dios, ahora, detrás del cero de la moneda, jamás agujero en la secuencia ni salto de gatuno al esplendor que mata el tiempo para comérselo como a una placenta, célula si las hay del entero capitalismo cuya marca en las ancas del civilizado es tan innegable cuanto poderoso el arrastre de esa captación, raptó de la interioridad, secuestro de los goces espontáneos en aras de un destino común, el cual, como es obvio, jamás se realizará en los términos de ese exterminio que apunta por supuesto y desde ya contra la delicadeza y la fragilidad, contra la oscilación del matiz inseguro, y más precisamente, vale decírtelo al oído: contra todo atisbo remanente de inocencia.

Hay que cargar con el peso de sabotaje a la sensibilidad más inocente, menos adepta de sí, para sostener, aun por unos segundos, la sola sospecha de algún pecado original, implante que en las américas ha venido derivando en impotentes imponencias de irresoluta contradicción al interior del gran esquizo, muñequero general de los disfraces en países sin carnaval, sin sombra que se celebre en aceptado claroscuro y por ende en pleno imperio del múltiple exterminio robotizante en pro del Único, el Gran Robot y su Gran Robo, guerra de todos los frentes de un solo monólogo generatriz, por otra o la misma, de ese repertorio inestable que serían casi lo insoportable de aquellas poéticas corpóreas, trazando el poema del estar vivo, dimanantes y en trance de confluencia, de renovada mixtura, muy lejos entonces del pánico ya indolente, tan aquerenciado o gerencial, pánico penal hasta el caracú, que se autorrepone con constancia *scout* en un deber-ser que casi obliga a militar en La Infección, pretendiendo con esto alcanzar la cualidad orgiástica —lejos de la orgía en cuanto precondition neoconductista, fingiendo para la cámara ecoica que aísla en la actual mutualidad forzosa entre las respectivas porciones de torta del *socius*— aquella precisa del amasijo en los primordios, sin delimitación fronteriza de los cuerpos y por ende apuntando a una línea muy distinta que a la apelación renovadamente restrictiva a la consabida (consagrada) división por clases sociales o pigmentación o edad o razón de oficio o preferencia sexual, colmo de la organización de un cerebro siniestrado, indudablemente, a causa del mantra compartimental de los fines, toscamente labrados en la mera experiencia ganancial, sin asentarse, en todo caso, en *principios* de validez transmutante, sino, tal vez, en supuestas revoluinvoluciones modificatorias nomás del estatus, o sea del arreglo a los fines de la continuidad,

ignorante adrede de sí, sostenida en vilo por ese régimen que no se consigue sino reparándose —anteponiendo toda la energía disponible en esa acción de repararse ante el proceso natural— como si se ajustase, no sin necesidad, a la remota ensoñación admonitoria de algún pecado, como última relación de trascendencia, modulando a vuelta de página del cuento el absoluto, todo un esfuerzo de ventrílocuo, así fuese, apenas, el mayor involuntario, pues si acaso detrás de la mentalidad territorial no se agazapa, todavía, el dios vulgar, el proyectivo introyectado.

La poderosa censura moralinesca que nos impera sobre todo en ciertas demostraciones de supuesta madurez —casi neutralidad— pornográfica, declaradamente erotómana, tanto ninfomaniaca cuanto ninfóvora, transgresora con aval mediático o de cualquiera de nuestros habituales y consecutivos academicismos, ante o bajo las propias narices de las justificaciones supositadamente artísticas de las contramORALES, tan proclamadas y felicitadas en todo lo que concierne a nunca bien ponderados estamentos de la socialidad renovadamente consagrada por el reciclaje de un hechizo o las mismísimas “consagraciones de la mirada” (¿Gastón Fernández, otra vez?), ergo ciertos los vanguardismos declarados en aduana, en tácito usufructo de métodos de aprehensión, sistemas para el coaligante reconocimiento, inteligencias desde ya superiores y por qué no servicios de inteligencia, redes para la sólita conversión de los cuerpos que no son nuestros, pues se ya se puede sentir y en tal caso dejar de presentir el hecho de que fue si no mentira ilusión aquello de sernos dueños, mientras la materia en efecto es matadora de por sí, suya mismidad de un tráfico de fantasmas traducidos a imágenes para tranquilidad del sentido común de la famosa era de las comunicaciones, induciendo sin fin ulterior ni adocenamiento ideológico según el acostumbrado adoctrinamiento neuronal, imágenes como larvas o ecos del devenir, entre las que no pueden descontarse las excomulgadas a la región brumosa de lo intraducible, a la espera de una sapiencia límbica, que no nunca llega, así las innúmeras tajadas de rostridad en las ninfotos del registro estatal, amén las burocracias de lo creativo, arreando la autoilustración por no decir autohipnosis del sucedáneo que nos mofa por falta de integridad lo suficientemente mutante, allanada su lesa irregular y sin vero destino en el destierro inagotable de un primerísimo *close up* en la nimiedad del mundillo liliputiense que sería toda cabeza creyéndose al centro vanguardial de los mundos, creyéndose en suma y a fin de cuentas correctamente ubicado, a cambio o

mejor dicho pagando el pato de una buena sentada de cabeza, depósito sensodimensional de 24 horas atento al absoluto, sea cual fuere su imperativo supersticioso, y a los *imperators* de la propaganda del comercio y del comercio de la política y de las políticas del imperio económico y de las reglas económico-psicosociales de leyes policiadas no necesariamente justicieras (¿psicoeconómico, dije?) y dizque ideas no necesariamente estimulantes *del* pensar, porque en el pornógrafo de hoy día, ventrílocuo de apariencia inocua dentro de un régimen formalizado del tatuaje y toda esa nostalgia por algún rito de pasaje adivinado en última instancia cerca del tajo, sin constituir en trasfondo una antinomia entre ambos sino puente epidérmico-áurico en una especie eternamente instantánea de mancia conjural, quizá entonar cual cartógrafo de porosidades expoliadas y fuera del control con que se autogarantiza la mirada, se da un claustro en el escalofrío o hasta la ocupación fantasmática, pero en tanto vínculo con fantasmas que rondan como ensueños del opio, incluso del encierro autorreferencial este *voyeur*, a veces en su parte fatal del sujeto triste de todos los encierros modernos y después, ya, y en ello imposible no notar la distraída renuencia a abandonar cierto jardín pulido, ese diseño atávico pero no suficientemente ancestral, de repente de todos modos, apenas se comprende o descomprime el ardid en carne propia, única vía que no de acceso sino de consustanciación y como tal entrada en lo salido, ni salida además ni entrada, ensoñar retornaría despertar, cuál de los términos estupefactos en su factoría de ficciones no constituye otra y otra promesa que escandile para escamotear en la espuma del espectáculo los encadenamientos penitenciales, quién alucina y acurruca resplandores de futuridad, pues si más bien húndese por todos los medios y dispositivos disponibles al percatante aún no regulado por las administraciones de una razón que le dé sentido a sus actos, hasta el meollo de sus pensamientos y sueños, en una especie de caldo de presentires, rumores del *daydream* que indican la justa mas imprecisa presencia de ancestros preatávicos rondando, royéndole el caracú, influorescencia (¿sintaxis del amasijo, también en lo que presentifican las lunfardías: en su acepción de gesto fulminante con cima cismática en la masacre civil?) al interior estuoso, ferviente de aquellas impresiones quizá no vívidas a la imagen presente de incontables vidas, entre las cuales vagarán quién sabe dónde las no vívidas aún y quizá nunca, a la vez que fuera de espejeo la orgía aborígen se da retorno, hace clima, click cismático del prisma, enhebrado pródigo en cuerpos en lo que siendo *de* nadie se adiosa al vibreo de las vibras.

En el cine de Jack Smith, por ejemplo de arte en plena intervención a la par que propagación de su recurso, hemos asistido al alumbramiento de ese amasijo con las ínfulas de una orgía imposible en el seno de un capitalismo para nada salvaje sino exactamente ordenado según la urgencia más propicia a sus fines, los cuales son asequibles por la misma vía encarrilante de la carne impactada y *procesada* según las vetas siempre venales subespecie de orden, sofisticada como en la noción todavía más que subyacente vigente del panóptico, instrumental dirigido a la desconfianza si no a la paranoia más cohesiva de los ciudadanos, donde y cuando se promulgan los votos por la seguridad colectiva, siendo la propia mirada la que genera a su gemela inseguridad, mientras que al mismo tiempo se concibe una *realidentipolitik* de intrigas cuyo único y obsoleto tema continúa siendo, desde hace cuánto, la perpetuación, complicada, en el mismo sentido del dilema moral, de la opinión con fundamento, de un modo u otro, del poder vertical, aquel que pueda, llegado el momento, como tantas veces ha llegado, al punto de no saber si alguna vez no fue, impedir el flujo de los cuerpos, hacinarlos en un contacto tan indeseado como indeseable, verbigracia el transporte público de las capitales urbanitas en las américas, a la vez que deportándonos de cualquier contacto en lo inesperado energético, también, y por supuesto atisbo hiperconciente o infralúcido en los por fin incontables grados de diversidad experiencial ante la menos categorizable materia en juego, en danza, en relación, pues los cuerpos en films como *Flaming creatures* o *Normal Love* de Smith no se erigen, desconocen el vaivén entre vestido y desnudo de igual manera en que no siguen el dictamen que discrimina categorías del estar, pues lo que muestran es el estadio preadamita, fusión de los carnales, lejos, muy lejos *aún* del primer censor, predecesor e intercesor cuyas inagotables máscaras o avatares bien aprendimos a reconocer, con un olfato de gato al acaso de las múltiples opresiones del ambiente, negador por excelencia de la más ínfima reminiscencia paradisíaca, gran obturador de las señales que igual se le escapan, microfrecuencias que la *brain police* no captura en su retícula de signos, en sus cubículos de correcto pensar correccional, por ende penal, tan lejos de la justicia dado que ésta sólo se da en tanto poética, justicia poética con que los cuerpos entregados al capullo visual del film ya se envuelven, coimplicados, con toda la precariedad técnica del caso, la cual aporta a la pátina y la apura desde lo involuntario, desde la intervención impremeditada de lo extrahumano alterando el color

y apaisando el *tempo* líquido del relieve, en el friso de Smith, sabiendo que decir Jack Smith es como decir Juan Pérez o Ray Ban o Amehd Mamaní o Inés Kapoor o Samantha Rayas, o Pablo Cobián o Marisco Azulejo o Péndula Glandís o Nimotra Otradenchic o Renato Cartujo o Liquid Smile o Tachadura los cuerpos filmados más acá de lo que les va a ocurrir, sin duda alguna, a partir de ahí, ese membrarse orgiástico-paradisíaco de los entregados a la instancia de su confusión, la que dura un segundo, el instante segundo, la segunda mirada, la resonancia ecoica del celuloide, la celularidad de aquella disolvencia que nos devuelve a una entrega, a unos cuerpos que se juntan, cruzan, yuxtaponen, trazando la filtración dinámica de un destilado aurático en que se atraviesan y son así recuperados, larvas concientes, bichos-canasta donde las fibras envolventes son las iluminaciones de ese miniado oracular en una cosa sibilina que no produce más adivinanza, en la procura de instancias no sacrales ni desacralizadas, desnudez aun con la vestimenta de la duración o con las máscaras marca Kairós.

La clara busca de un Breton en este sentido, y su apelación a Fourier, por ejemplo, parecen haber apuntado a la indicación de este problema para nada menor, en que sitúase la inacabada figura de la orgía, limitada al estrecho rectal de una transgresión a las normas, desde luego, pero también arrostrada al recinto del desván inocuo de las fantasías eróticas de una civilización tan castrada como violatoria, dado que ambos aspectos se conjugan por los extremos que construyen, a fin de cuentas, a la contradicción, acaso dispositivo de la mayor necesidad y urgencia, en el difícil por exigente sentido de una apertura capaz de abarcar a los contrarios en nuevas instancias de convivencia, quizá en lo recíproco de esa devoración que subyace a la delimitación de los contactos en unos roles socialmente legibles pero no por ello vitales, en todos los casos, a las potencias más informales de rozamientos que se articulan sin organizarse ni preparar a nuevas y supuestas definiciones, lugares y territorios a vigilar, para que el pánico carnal ajuste cual cinturón de seguridad ante los posibles embates de la indefinición y la tan temida falta de identidad, falta que se asume como el pecado y en la misma proporción se adecua a los regímenes del control: si el frenesí despegó hace siglos de la *erección* del personaje social, se pone esto en evidencia cuando se comprueba que la marca de fuego también consiste en una represión de la propia interioridad, es decir del cóncavo en que no se deposita una certidumbre identitaria sino la incógnita plena, sierpe

incandescente del devenir, no ceñida sino y en última instancia a su sed de contactos infinitos, adonde el magma no implanta en realidad unos principios legales o morales sino una percatación del infinito comenzar en que el ritmo sucede; porque el amasijo aborigen nos coloca en los comienzos, sin cimientos aún ni todavía, dispuestos al apenas de una revelación tan simple como lo inesperado mismo, adonde, de haber epifanía, ésta no sería índice fundacional de dogmas a coordinar ni pactos sensoriales a organizar, sino esa dosis de aventura que se da inicio constante o intermitente en los crudos entusiasmos del instante, y nunca más allá, por el contrario, inmersos en una siempre distinta noción del intercambio, dado que lo que está en juego en los contactos sería la capacidad creciente o decreciente del sentimiento de reciprocidad, que trasciende los esfuerzos de cualquier mutualidad más o menos interesada, para repercutir en la percatación acaso renovadamente sensual de los mundos y los intermundos, las cosas y sus intercurios, las nociones y la paranoción. E irradiar. E.

Do me detengo es imposible concebir la fotografía prohibida en la lama acústica del oquedal al cual asisten mis protones agónicos enjesados y estirándoseles los cogotes en tendencia cohorte hacia la cobertura chocolateada del orzuelo, saliente de privacía en los mantornos esfiados que se implican a la madrugada madriguera manglar del pregusto a tierra, con sus pantanos nos espanta mosquitera los ensueños a duermevela despiadada, su alpiste misterio, tal la marca del tatuaje a sus adentros murmuraba Huo en la calle Donceles a la pesca de un resplandor que suministre a lágrimas risillas la poción telescópica y en abismo por donde se cuelen las primicias de aquel acto dual que se lacró a la deriva del encanto sin armas ni posibles para encontrar sin ya pedazo de cuerpo la nocherniega pasión en fotogramas jamás abiertos con la nuez de tu secreto mosca, tu llegada, tu pisada, tu rastro aromántico en la alfombra afluyente de inscripciones versátiles, idos de rama, hebras sincréticas del nido, remix de orígenes en abruptos pero veloces cambios de destino, y la goma invisible e invisibilizante que trasujeta a los espejuelos jugueteando esplendores liminares por tu cara que hace al semblante de tu aura en la imantada oración de los sucesos que se despedazan se despiden se desprenden se despactan quién diría que tu cara que hace al rostro que hace a la pulpa que hace al carozo mientras tacto la bruma previsiblemente escondrijo que borra la condición de una sordera más antigua que el barrio o tan reciente que te

presiente antes de que entres por esa puerta de barro puro sin figura sin timbre sin miralla sin llave sin pared, do me detengo está imposible los bichos de luz tapan las entraderas pero la salidera del mentidero escupidera en el cenicero portera en el espero te espero en el desbando la impresión que me llevo es la que traigo y me detengo, prendo una vela, tengo renguera de siglos, puesto por el Pasaje del Cisne como en un cierto ambiente rayado de Daguerre u otro tipo, en el amasijo, en el detrimento del detrito, en las sorocabanas del desbunde de unas abundancias paganas de sí mismas, para la furia espinosa de la fuga en el empréstito medular de una nebulosa en la sangre, acuosas panorámicas desde el ocaso furtivo en que me planto ante el desplante de una barrera de perfumes desembolsados al arrebatado del siniestrógiro eficaz que dispone o predispone el aparante surtido de las metas y sus confines y sus esperas lacunares o palustres o pedestres como la pregunta del Acertijo frente a Batman, a quien no podíamos dejar de mencionar en estas listas deslustradas en esta pendiente o tendencia pendenciera hacia una nueva Virginia en los alfuentes del momento que parece no pasar y nunca estuvo, siempre al rozar de paraísos lo que achispa del hurto es el cronómetro pasivo de un acto en caireles de kairós enloqueciendo sexualmente es decir sin otra noción al respecto y por ende sin la debida erección o el exacto envaginar de estas imágenes perdutas, por el ductódromo eventual de este enllamado de aúllo al auricular lo cual no espanta a nadie y mucho arrima a nuestra arritmia la diaria espesura a veces decantada otras en ciernes en carne de vivaz en cornucopia ella en sí paradisiaca, acá o en la curva alámbrica de la preguntica, alambique las alas del murciélago prestimano humanoide por la voz que le sacaban los filtros del parlante, mientras la imagen se roba toda la atención, fulgura en su aura concéntrica, dimana de la concha irregular de la pérola nera, de la esperpenta tentacular, sus labios feraces remarcan lo que secuestran del tiempo: un rotar articular de los Árticos que nos mastican, los plácidos tanto como los desplazantes a la deriva de una mancha sobre la mesa del desastre, sobre la marcha del astroso sastre con su arte de prestidigitarse hasta sacarse de la forma en pro de una estelaria que lo imanta, nadie conoce dónde, aun a partir o a pesar del arremolinarse en figuras que si rozan la alegoría es porque afloran precisamente momentáneas, hacia el memento que obtura sólo el instante, hasta que cede al propio gusto en la boca ultraorgánica, sismo del espasmo y pasmo de un cataclismo que se burla de sí mismo con el objeto de nunca rozar ya los objetivos de su

granangular, la gran angustia que yugula en los peores suburbios del promiscuo Narciso o Nathanael escudero en la secuencia macumbesca o boscosa, de Bosch, de harsh, de raff, de arrf, pieza de musgo en los altos y bajos de un castillejo de premuras anfibias y remedios laicos y atizamiento de vísceras y a veces palmos de noctiluca sin otro corazón que el prestado o de alquiler en la creme de la kermesse durante meses pasó un siglo y parecía infinito pero era ínfimo era una glotis o valva y en toda mi impericia gusaneo valvular desmadrado de vaina desenvainando el origen [Courbet] del mundo, que persiste mudo frente a las evidencias disímiles que espantan a los espantapájaros mesiánicos de la simulación en cadena a que lleva tanto presagio tanta secuela tanto esplendor de robótico anecdótico; instilo una pausa en el sacrificio del silencio, que se devuelve desde luego incendiario, revirtiendo estos papeles sin consuelo, sin despedir un solo gramo de griterío habitáculo al que nos tiene acostumbrados el afán de poderío, con el cual rima en fin por eminencia del lucro en tanto supuesto logro, detrás del cual asoman los garfios garridos de un desmoronamiento de proporciones cósmicas, que involucra siempre y en última instancia al sujeto recortado por sus cualidades, las cuales le fueron otorgadas por el afán prosecutor de la pervivencia, cada vez menos super, tal el gatillo radiante del revólver de estreno, con todo lo que éste significa y sobresignifica y con ello se pretende sobreseer, sabiendo que la erótica y la poética conviven a la fuerza bruta con una extendida pasión por el crimen, el cual, muchos aún aseguran, constituiría la base de su famosa progresión, con el córtex del diablero de microondas estrelladas, si es que te busco, ello confiesa, es que no sé qué busco, por qué rebusco en el buraco de máxima humedad que sequías del alma desconocen, arritmia de la diosa en su fuselaje de plantígrada, sus armoniosas discordancias azuladas, mescalinas del aire que al vigía rehúye, el vigilante mendigo de su urdimbre en pasajes de un desamparo crisálida.

Si la epifanía orgiástica de los comienzos pone de relieve y acrecienta la indiferencia, articulación en la cercanía-distancia entre los singulares diferentes, tanto ya que ni se cuestionan singularidad o diferencia, cuando menos se lo despiensa al resplandor cavernario del mito, y en toda su connatural ambigüedad, queriéndose perder no sólo de la escritura sino del escrutador, que la costumbre mental asevera por separado, atisbando la pared viuda de enfrente o el murallón babélico-babilónico aseguible a fuerza de perder (la vida) y seguir perdiendo(la), algo así

como impaciencia de aquestos moldes que se desquician para auparse y transparirse al estro propiciante del estropicio que desmorona al poseedor su sentadísima cabeza, capuchino achinado en el requinte de los bichos, en la quinta categoría de las frecuencias histereofónicas cuya especie de exigencia de ser alguna cosa desvincula a las cuales con sus causas, y quizá, ello quizá, de por sí, constituya, sí, un fenomenismo poético, avance de la realpoetik, de las desmesuras sensacionistas, que ni cuento, y las ausencias de prolegómeno en medio del protocollage y el rebrote de los terrores disparando a ciegas en habitaciones privadas del repliegue escarolar que acamala los encuentros y los rebobina, en cuanto roce, al acto inocente mucho muy anterior a lo impecable de cualquier atisbo virginocional al respecto, para perderse el respeto de todos, ingresar en las sextas categorías del descenso, quiero decir el descerebro porque quién puede apuntarse a la gama de antes si ayer dibujó los ojos en el pestañeo de un salto líncico al arrabal licencioso de un silencio menor, de poca monta, bajo en partículas aunque especioso en privaciones de toda suerte, calambre que no se mide por lo que tiene el tipo sino en las hambres que le alumbran la entrepierna con la tripa, el esqueleto fluorescente pasa por inversiones que se ajustan a su danza de precios sobre una pizarra sucedánea del cielo constelado en que se mastican los volúmenes que el signo no resigna en la mutación y en la cruda mudanza, previo a la previsión y supuestas virginidades a defender en la bandería engolada por fibromas libelulares despidiéndose en cualquier puerta, mientras pastan satélites en los índigos campichuelos por la parte de atrás del retrato, además, en un país de ademanos, apichonan las siluetas por no saber si al corazón les llega su despiste sin ponerse pastosos o aplacarse los musgos sino más bien los humos, aparte de los efectos duales de un diametral desentrenamiento sensorial, cablecarrilador de los intermiedos nunca nuetros según ajustes de cinto cuenta con sinfines cuanto el sujeto a su teta testa u objeto que lo empondere poseedor, machote entre los tótemes, terrenoide, mientras que fuera de mapotecas y bibliocursos de rebelión estipulada, puesta la orgía, porque carece de precursores y siempre inaugura, es asunto bichesco, insisto, pues ahí todos se queden sin apuntar ni ser apuntados, se vuelvan ese polvo y ese líquen que escapen a la presión de los fines y al sinfin abstruso del absoluto, del luto absolvedor, del veedor de cantidades, de la manga la magna magnitud que nadie calcula y quema al anfitrión con su anfitriona, giróscopo del huésped que pasa de un sentido al otro, de una acepción a la otra, de

una cara a otra máscara a otra amorfa, por ende disuelve la represión de los medios y demás mediadores al alcance del promedio mental y su certificado de *supervivencia* de un cerebro afanoso, tan industrioso como industrial, racionalista irracional, con los consabidos tics de odio al adorno en cuanto signo que indicia el rito sin apreciarle la intermitencia de vacuolas, mientras se desprende cascarilla de la ritualidad estimulada para cohesión del Gran Narciso Nosotros, inmenso enemigo introyectado, mirón de nuestras miraditas, fautor de la guerra santa (Daumal) que acontece en ese borroso cuando no bochornoso interior del serestar e inspira, con toda la agonía y el comercio, mientras podemos revistar, al menos, la sensación de unos ancestros latentes infrasexuados, si bien munidos de su premonición, porque de sexo qué sabremos, qué se querrá poner en su decirlo, qué se le añadirá a una experiencia tan extrema que coloca de puntillas ante el abismo, y obliga a saltar, por supuesto, muchas veces incluso por amor, el más puro amor, por devoción del encuentro, entre los cuerpos que se quieren, de todas maneras, un día u otro, con o sin máscara, con o sin dinero, con o sin identidad, experiencia de una antigüedad sin huellas, inimagible por vía del lenguaje actual, aparte de las consecuencias impensables de un espíritu, por así decirle a ese irremediable inconsciente y ficticio que nos abulta de preocupación, en pos del choto absoluto, irreductible a la chaticie que produce en cadena más y mejor subdivisión de las almas, en la misma medida desproporcional en que un cuerpo se mezcla con la vida hasta perder los bordes, la marca del territorio, el rictus que impide los ritmos, la multiplicación de los futuros, no menos irreductible que una borradura de ofensa o culpa o simulacro o coacción o pacto con los arbitrios del orden criminoso que pretende articularnos, títeres de neurona-espejo, muñecos del borde, hijos del rigor de los milidictámenes, fantasmones de lo que podría llegar a serse pero permanece retenido, como en emergencia pánica un reflejo ambarino, el pancontacto.